

## SOBRE EL CONCEPTO DE PROFUNDIDAD EN EL *ZIBALDONE* DE LEOPARDI Y EN LAS TRADICIONES LITERARIAS ITALIANA E HISPÁNICA \*

Miquel Edo Julià

Universitat Autònoma de Barcelona\*\*

**Abstract:** The focus of this article is the use of the word *profondo* and others from the same root in Leopardi's *Zibaldone*. This use reveals various peculiarities and shifting senses, either in relation to the internal dynamics of the main questions posed by Leopardian thinking, or in relation to the kind of tradition associated with this term in earlier essayists and the essay genre. Finally, this article provides a succinct comparative study of the meaning and applications of *profondo* throughout the history of Italian and Spanish poetry in order to define certain specificities of both literatures as well as Leopardi's role in the variations in meaning this concept has undergone in the transition towards Italian poetics in the 20th century.

**Resumen:** Los usos de *profondo* y su familia de palabras en el *Zibaldone* presentan singularidades y oscilaciones que son analizadas en el presente artículo en relación, en primer lugar, con la dinámica interna de algunos de los nudos centrales del pensamiento leopardiano y, en segundo lugar, con el tipo de tradición con que contaba dicho término en la ensayística anterior. Un sucinto estudio comparativo de las acepciones y aplicaciones del mismo a lo largo de la historia de las poesías italiana y española sirve, por último, para definir determinadas especificidades de ambas literaturas, así como el papel jugado por Leopardi en las variaciones sufridas por el concepto de profundidad en la transición hacia las poéticas italianas del siglo xx.

---

\* Este trabajo se enmarca en el Proyecto de investigación *Zibaldone europeo*, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (FFI2009-12556).

\*\* **Dirección para correspondencia:** Facultat de Traducció i d'Interpretació – Edifici K – Universitat Autònoma de Barcelona – 08193 Bellaterra (Barcelona). **Correo electrónico:** miquel.edo@uab.cat.

## 1. EL CONCEPTO DE PROFUNDIDAD DENTRO DEL ZIBALDONE

El *Zibaldone* de Leopardi puede considerarse una de las primeras muestras de la dificultad de articular un sistema filosófico en los tiempos modernos. No ofrece la impresión de un cajón de sastre, en primer lugar por la recurrencia de los temas abordados, bastante limitados en número, y en segundo lugar precisamente porque se busca, al afrontarlos, una sistematización a la que la naturaleza fragmentaria de los apuntes ya de antemano concede pocas posibilidades de éxito. Una serie de conceptos clave dan fe del intento, actuando en todos los campos, de la estética a la lingüística, de la historia a las costumbres, y vertebrando —pues— el entero *corpus*, pero el objetivo fracasa y el libro se queda, por consiguiente, en un no-libro, en una multitud de libros interrumpidos (Stoppelli, 1996: 58-59; Rigoni, 1997: 6-8, 12-15). Los motivos de dicho fracaso son dos, o más bien dos caras diferentes de un mismo motivo. Ante todo, la marca de modernidad más evidente del pensamiento leopardiano: el relativismo, que es repetidamente explicitado y obliga a introducir un sinfín de matices y distinguos, difíciles de recomponer en un tratado general. Y, en segundo lugar, la paradoja que preside toda la obra desde la primera línea: el ejercicio de la especulación racional a fin de condenar la especulación racional; la exposición de la verdad a fin de denunciar los males que conlleva el conocimiento de la verdad. Como es bien sabido, contra la razón y la verdad Leopardi reivindica la facultad imaginativa y el estado natural, pero constata la decadencia de éstos y el predominio de aquéllas en la época en la que vive, decadencia y predominio irreversibles, ante los que él mismo a menudo se rinde, condescendiendo y dialogando cada vez más con la realidad de su tiempo. En contrapartida, si bien las argumentaciones proceden a base de dicotomías léxicas, con una lógica esquematizadora muy enraizada en el tratadismo del Renacimiento, las tensiones internas desestabilizan constantemente todo el mecanismo. Por un lado, entre los términos que mantienen un significado y una connotación tendencialmente estables a lo largo del volumen cabe señalar parejas cuya oposición se dirime en un terreno muy sutil: *eloquenza* / *affettazione*, *proprietà* / *precisione*, *arcano* / *mistero*. El primer término es prácticamente siempre positivo, el segundo negativo, y esto nos ayuda a seguir los razonamientos. Nos hacemos una idea del sentido que se da a cada uno, pero no dejan de ser vocablos muy cercanos, potencialmente sinonímicos, y aunque el autor los explique o use con claridad, no es prolijo en ejemplos, de manera que no siempre es fácil discernir dónde está para él la frontera entre los dos opuestos. Por otro lado, muchos conceptos clave son sometidos a una fuerte movilidad. Partimos de unos postulados en los que la *natura*, la *immaginazione*, los *sensi*, las *illusioni*, el *sentire*, ocupan el polo positivo; el *arte*, la *società*, la *scienza*, la *ragione*, el *intelletto*, la *cognizione*, el *vero*, el *intendere*, el negativo; pero este rousseaunismo inicial es objeto, según la cuestión a tratar, de variaciones y ajustes de todo tipo, que pueden dar lugar a posiciones intermedias o incluso a inversiones radicales de marcha.

Más interesante aún es observar que la movilidad semántica a que nos referimos afecta también a palabras débiles, revitalizándolas, o permitiendo a la vez una lectura banal y otra que les otorgue mayor peso. Es lo que ocurre con *profondo*, *profondità*, *profondamente*, término epítetico por excelencia, y utilizado como tal bastante a menudo, como cabe esperar en una obra propensa —conforme a los cánones estilísticos de su época— a la redundancia y

a la superlatividad. Lo significativo es que, si bien interviene puntualmente en algunos otros campos (parámetro de medida, arraigamiento de palabras o cualidades, cuño de monedas), la inmensa mayoría de las apariciones de dicha palabra en el *Zibaldone* la sitúan o bien en la esfera del sentimiento o bien en la de la reflexión, es decir, en dos de las variantes en que se declinan justamente los polos en liza del sistema dicotómico leopardiano. En el primero de estos ámbitos, es o debería ser profundo el sentimiento que despiertan en nosotros tanto la percepción de la naturaleza como la obra artística (páginas 15, 87, 227, 718, 3164, 3227 del manuscrito original), tanto las gracias de una lengua (970) como el deseo amoroso (3307), así como el que provocan las desventuras (313, 2219), el desengaño (1648), la imposibilidad de ser felices (87, 316-317) y la vanidad de las cosas (106, 136, 318, 3171), porque la intensidad, la vitalidad y la fuerza del sentir —no importa si con el corazón o con los sentidos— son siempre un valor en sí mismo. A menudo la palabra que es complementada por *profondo* y *profondamente*, o que complementa a *profondità* («profondità di...»), es literalmente, en este tipo de contextos, *sentimento* o *sentire* (234, 730, 970, 1692, 2039, 2217, 4499), pero también sentimientos o estados determinados como la *gioia* (354), el placer (172), la emoción («commosso», 730), el *amor proprio* (2414), el *riposo* (624, 2183), el *impeto* (36), las *passioni* (152), el *dolore* (281, 669, 1678, 2419), sin que queden excluidos términos menos anímicos como *tatto* (348), *guardatura* (188), *impressione* (86, 1861, 3274, 4310) y en más de una ocasión *sensazioni* (85, 152, 2390), de acuerdo no sólo con una concepción de lo interior como correlato inmediato de la percepción externa, sino también con una idea del sentimiento mismo como de algo casi material, según deja traslucir la insistente fisicidad con la que se describen acciones como la de que nos llene (86) o nos oprima (136). Menos se detiene Leopardi en describir la realidad exterior que suscita esa sensación y ese sentimiento, y poca proyección tiene en dichas descripciones el lexema *profond-*, pero los pocos pasajes que pueden citarse a este propósito no dejan lugar a dudas sobre cuál es la cosa percibida que posee por antonomasia tal cualidad y, por el hecho de poseerla, genera a su vez una profundidad interior especialmente intensa y poética. Se trata de la «profondità della notte» (36), «quella profonda quiete e silenzio della notte» (50) que da pie a una de las contadas observaciones expresas sobre el término localizables en todo el volumen:

Le parole *notte notturno* ec. le descrizioni della notte ec. sono poeticissime, perchè la notte confondendo gli oggetti, l'animo non ne concepisce che un'immagine vaga, indistinta, incompleta, sì di essa, che quanto ella contiene. Così *oscurità, profondo*. ec. ec. (1798)

Al otro extremo, *profondo* y su familia de palabras, además de calificar o ser calificados por *riflessione* (o *riflessioni*) y *riflettere* (14, 144, 183, 1352, 1461, 2725, 2806, 3340, 3540), actúan sobre otros importantes términos del dominio racional, como *filosofia* y *filosofo* (223, 274, 304, 349, 638, 1083, 1221, 1225, 1231, 1652, 1655, 1849, 2167, 2168, 2169, 2709, 3245, 3340, 3544, 4288), *lumi* en general (311, 336, 337) o de disciplinas científicas determinadas (1263, 1274), *cognizione* y *conoscere* (29, 637, 750, 861, 3089, 3410, 3630), *intelletto* (351, 932, 2617), *studio* (572, 797, 974, 1532), *pensare* y *pensiero* (275, 348, 932, 3327, 3824), *verità* (1348-1349, 1359, 3244), *meditazioni* (1465, 1851,

1858), a los que cabe añadir aún una lista de vocablos afines menos recurrentes: *mente* (176), *speculatori* (1857, 3680), *versati* (803), *ricerche* (3329), *trattati* (1231), *principii y fondamenti* (2555), *savi* (4368), *dottrina y scienza* (4447), *intendenti* (3226), *osservazioni* (2707, 2739), *considerare* (3236). De hecho, la aplicación de *profond-*, con sus distintas flexiones morfológicas, a este campo semántico es la que predomina a lo largo del libro. Empieza a tomar verdaderamente fuerza en las páginas 176-177 (julio 1820), pero si el término se revitaliza a ojos del lector es sobre todo porque mediante dicha aplicación adquiere una connotación negativa contraria a sus usos más convencionales. Hasta aquí había prevalecido la profundidad de sentimientos, positiva, y si algunas «profonde riflessioni» eran vistas con cierta perspectiva crítica (14) ésta no había sido fácil de detectar. La palabra había pasado, pues, desapercibida. Que en un determinado momento empiece a ser denostada de un modo continuo y reiterado, acostumbrados como estamos a oír hablar de la profundidad del conocimiento, del estudio o de la reflexión también en tono encomiástico, no deja de producirnos, por más que la diatriba quede circunscrita a las ideas de Leopardi sobre estas actividades, un fuerte impacto.

Subrayamos la reiteración porque el alto índice de frecuencia, mucho mayor en las primeras 400 páginas que en las 4100 restantes, y especialmente marcado dentro de algunas de ellas, contribuye a hacer recaer sobre la palabra un interés que probablemente ya no nos abandonará aunque después aparezca más esporádicamente, y que nos empujará a revisar aquellos usos que en los primerísimos pensamientos no nos habían sorprendido. Dentro de la sintaxis, además, no es raro que adquiera protagonismo propio, dejando de funcionar como simple intensificador de una noción más densa de significado. La negatividad empieza a gestarse, justamente, en otro de esos pocos pensamientos en los que el término es objeto de consideraciones específicas por parte del autor. Es el de las páginas 152-153, fechado el 5 de julio de 1820. En él el adjetivo no es utilizado a propósito de cualidades intelectivas, sino de la imaginación, facultad siempre elogiada por Leopardi, pero de la que por primera vez distingue dos modalidades: la imaginación fuerte, caracterizada por «la profondità delle sensazioni» y cuyos paradigmas serían Homero y Dante, y la imaginación fecunda, caracterizada por la «varietà» y bien representada por Ovidio y Ariosto. El artista que posee la primera, «profondo nel sentimento e nelle passioni», tiende a la gravedad, a la melancolía, al sufrimiento. El otro, inconstante y proclive a distraerse, desplaza su atención de un objeto a otro sin pararse demasiado en ninguno, y sin que las pasiones —incluidos, pues, el dolor y la desventura— hagan mella en él, lo que acostumbra a determinar un carácter más alegre y despreocupado. El apunte se concluye en torno a los efectos de una y otra modalidad sobre la valentía y el entusiasmo, momento en que la primera es calificada de «profonda» y en que se intuye o se deduce la preferencia por la segunda:

L'immaginazione profonda non credo che sia molto adattata al coraggio, rappresentando al vivo il pericolo, il dolore, ec. e tanto più al vivo della riflessione, quanto questa racconta e quella dipinge. E io credo che l'immaginazione degli uomini valorosi (che non debbono esserne privi, perchè l'entusiasmo è sempre compagno dell'immaginazione e deriva da lei) appartenga più all'altro genere.

El tema es retomado en el largo apunte de las páginas 172-177, inicialmente en la misma línea, puesto que, aunque la fórmula utilizada es «profondità della mente», no parece tratarse sino de imaginación «profonda», la que no es «viva» ni «rica». Acto seguido, sin embargo, cuando vuelve a repetirse la misma fórmula, ya no concierne al polo imaginativo, sino al de lo «vero», «astratto» y sutil, hasta el punto de que terminan por contraponerse *profondità e immaginazione*:

Del resto che la forza e fecondità dell'immaginazione 1. come rende facilissima l'azione, così spessissimo renda facile l'inazione, 2. sia cosa ben diversa dalla profondità della mente, la quale per lo contrario conduce all'infelicità, è manifesto per l'esempio de' popoli meridionali, segnatamente degl'italiani, rispetto ai settentrionali. Giacchè gl'italiani 1. come una volta per il loro entusiasmo figlio di un'immaginazione viva e più ricca che profonda, erano attivissimi, così ora una delle cagioni per cui non si accorgono o almeno non si disperano affatto di una vita sempre uniforme, e di una perfetta inazione, è la stessa immaginazione ugualmente ricca e varia, e la soprabbondanza delle sensazioni che ne deriva, la quale gl'immerge senza che se n'avvedano in una specie di *rêve*, come i fanciulli quando son soli ec. cosa continuamente inculcata dalla Staël, laddove i settentrionali non avendo tal sorgente di occupazione interna atta a consolarli, per necessità ricorrono all'esterna, e divengono attivissimi. 2. la profondità della mente, e la facoltà di penetrare nei più intimi recessi del vero dell'astratto ec. quantunque non sia loro ignota a cagione della loro sottigliezza, prontezza e penetrazione, (che rende loro più facile il concepimento e la scoperta del vero, laddove agli altri bisogna più fatica, e perciò spesso sbagliano con tutta la profondità) contuttociò non è il loro forte, e per lo contrario forma tutta l'occupazione e quindi l'infelicità dei settentrionali colti (osservate perciò la frequenza de' suicidi in Inghilterra) i quali non hanno cosa che li distraiga dalla considerazione del vero. E quantunque paia che l'immaginazione anche appresso loro sia caldissima originalissima ec. tuttavia quella è piuttosto filosofia e profondità, che immaginazione, e la loro poesia piuttosto metafisica che poesia, venendo più dal pensiero che dalle illusioni. (176-177)

Así, pues, sea porque de algún modo a Leopardi le pesa o le parece contradictorio que una modalidad de imaginación sea fuente de infelicidad, sea porque aquí está dando a la profundidad un matiz de concentración obsesiva que termina considerando más acorde con la reflexión y el raciocinio, o que le parece ahora incompatible con requisitos necesarios para combatir la desdicha (variedad, actividad, distracción, espontaneidad, naturalidad), lo cierto es que a partir de este punto lo profundo quedará inscrito preferentemente en el polo filosófico, menos a menudo lo volveremos a hallar en ámbito sensorial-sentimental y raramente en ámbito imaginativo (212, 1974, 1975). La imaginación ha servido de puente en la transición de *profondo y profondità* de la esfera de las sensaciones y los sentimientos a la esfera racional, transición durante la cual la palabra se ha convertido en enemiga y ha ganado valor, no sólo porque ha ejercido como adjetivo especificativo, sino porque también el sustantivo ha tomado, como puede observarse en la última frase del fragmento citado, un significado

fuerte que lo sitúa al mismo nivel que los conceptos clave del discurso. El adjetivo continuará, desde luego, calificando epíteticamente a estos conceptos, y seguiremos topándonos con construcciones del tipo «profondità di» subsidiarias del término siguiente, pero junto a la persistencia de estos usos se afianzarán los nuevos: *profondità* no seguida de sintagma preposicional alguno, o dotada de más significado que el del sintagma preposicional, y el adjetivo *profondo* definiendo por sí solo palabras como *uomo* o *spirito*. Normalmente la palabra aparece en yuxtaposición o coordinación con otras del orden semántico intelectual y racional, pero la presencia de estos sinónimos o cuasisinónimos no debe inducirnos a quitar importancia a su promoción sintáctica, porque la retahíla terminológica es habitual en el estilo leopardiano: «negli scritti filosofici, profondi, metafisici, psicologici ec.» (347); «quanto è maggiore l'abito di riflettere, e la profondità dell'indole, tanto è maggiore la difficoltà e l'angustia di risolvere» (539); «lo spirito profondo e filosofico, e ragionato» (1060); «negli studi astratti e profondi (si filosofici che gramatici ec. ec. ec.)» (1350); «Io non mancava della capacità di riflettere, di attendere, di paragonare, di ragionare, di combinare, della profondità ec.» (1742); «la stessa profondità nuoce loro: e il filosofo tedesco tanto più s'allontana dal vero, quanto più si profonda o s'alza» (2618).

No todas estas frases o sintagmas, y muchos más que podríamos añadir, arrastran, sin embargo, una connotación peyorativa. La negatividad de lo profundo se prolonga sin fisuras desde la página 153 (05/07/1820) hasta la 337 (noviembre del mismo año). Después, a lo largo del grueso del volumen, también ella, como la profundidad de sensaciones, irá desapareciendo y reapareciendo intermitentemente, alternándose con planteamientos menos beligerantes hacia el polo científico y cognoscitivo. Ya lo hemos sugerido al principio: el propio *Zibaldone* pertenece a este polo, se ocupa sobre todo de filosofía, lengua y literatura, de la historia de estas disciplinas o de las cuestiones que las afectan en su época, y a menudo afronta los temas desde dentro, en función de la dinámica y el progreso de dichos estudios, echando mano de ellos y obviando la condena de los mismos que preside las tesis principales del libro. Y así, por más desconcertante que resulte, leemos muestras de admiración hacia Teofrasto frente a «altri filosofi tanto meno profondi, quanto più superbi» (316-317), hacia Dante por sus postulados lingüísticos fruto de «profonda riflessione» y obra de «profondissimo e sapientissimo filosofo» (3340), hacia Pascal y Bacon en cuanto «sommi scopritori delle più sublimi, profonde ed estese verità» (1348-1349), hacia los lingüistas ingleses y alemanes por su «diligenza e profondità» (1133), o hacia determinados intelectuales franceses por sus «profondi studi delle altrui lingue e letterature» (974). Poco coherentes nos parecerán, del mismo modo, las exhortaciones a aprender «l'arte dello stile [...] in tutta la sua profondità» (976, 2725), a investigar sobre el origen de las lenguas «giovandosi [...] de' lumi profondamente archeologici e filologici, fisiologici e psicologici» (1274, 1263), o a que se importe en Italia la terminología filosófica europea para que los pensadores italianos puedan incorporarse a la moderna filosofía «profonda, sottile, accurata» (1221-1223). E incluso puede que nos preguntemos si Leopardi está ironizando cuando afirma que la «scienza del bello scrivere è una filosofia, e profondissima e sottilissima» (2728), o cuando no sólo califica de sustanciosas las verdades observadas por la «profondità di pensiero» de los pueblos septentrionales (932), sino que además incluye esta «*profondità* del pensiero» en «il buono» de dichos pueblos (1043). En ocasiones parece que estemos leyendo a otro escritor, y es innegable que entre

ambos, entre el Leopardi científico y el anticientífico, entre el filósofo y el antifilósofo, se produce un conflicto no declarado y en realidad no resuelto.

Es importante recordar, a este respecto, que la evolución del pensamiento leopardiano en el *Zibaldone* no sigue un camino lineal, sino las oscilaciones, las idas y venidas propias de un *work in progress* en el que se están constantemente, desde el principio hasta el final, replanteando y reformulando, rectificando, confirmando o retocando postulados anteriores. Así ocurre con temas tan cruciales como el de la naturaleza benigna/maligna (Solmi, 1983: XIII-XIV), y tampoco el que tratamos aquí es una excepción. Algunos de los ataques más furibundos a los filósofos alemanes por su profundidad racional los leemos en una fecha tan avanzada como agosto de 1822 (2618), y en agosto de 1823 se da más crédito a los criterios sobre la belleza de los ignorantes «uomini di campagna» que al de los «profondi conoscitori del bello» (3089). Cada apunte queda protegido en su autonomía por el espacio blanco que lo separa de los anteriores y posteriores, y no se producen desmentidos explícitos o definitivos. Sin embargo, entre esas líneas de tendencia que a veces discurren en paralelo, a veces entran en intersección, destaca y va tomando paulatinamente fuerza la que descarga de negatividad al polo filosófico, y en este proceso se inscribe, en buena medida, la recuperación, por parte del concepto de profundidad, de su valor superlativo más convencional. Las contradicciones que rodeaban el uso de la palabra, aunque nunca son afrontadas de manera directa, pudieron tener un papel no meramente pasivo en dicha evolución. En febrero de 1821 Leopardi se refiere al mito de Psique como expresión de la infelicidad que deriva del «voler conoscere», y declara que este mensaje encierra «profonda sapienza, e cognizione della natura dell'uomo» (637), lo que dentro de un mismo apunte sitúa al acto de conocer en dos planos distintos, contrapuestos entre sí desde el punto de vista valorativo. Y probablemente aún más importante es el hecho de que la profundidad de sentimiento no sólo fuera —como decíamos— la del sentimiento placentero, la de la fruición del arte, la naturaleza o el amor, sino también la del sentimiento de la infelicidad. Dado que el conocimiento profundo es conocimiento de la infelicidad, se dibujaba un territorio común al que no daba respuesta la dicotomía entre una profundidad sensorial de signo positivo y una profundidad cognitiva de signo negativo. De ahí que en muchos casos la diatriba deje paso a un tono neutro o incluso de velada compasión, con el que se subraya precisamente el triste destino y condición de los hombres profundos (1651-1652, 1655-1656, 1974, 3491-3492) o se concede poca eficacia al estudio y la reflexión en la consecución de determinados resultados sin por ello descalificarlos con demasiada acritud (1975, 2036). Y, sobre todo, de ahí que conforme avanzamos en la lectura se hagan más frecuentes las formulaciones que rompen la dicotomía, conjugando las acciones de conocer y sentir: «all'uomo profondamente sventurato, e profondamente sensibile, e conoscente» (682); «fino e profondo sentimento, e degno di un uomo conoscitore de' cuori, ed esperto delle passioni e delle sventure» (2217); «conoscere e interamente comprendere e fortemente sentire la sua piccolezza [...] e profondamente sentendola e intatamente riguardandola» (3171); «quelle non molto esercitate e profonde nella cognizione, nel sentimento e nel gusto dell'antica e buona lingua e stile italiano» (4066). O compatibilizando, dentro de enumeraciones de cualidades, otros componentes de ambos polos: «ampiezza, varietà e profondità delle nozioni moderne» (2635); «Il vino, il cibo ec. dà talvolta una straordinaria prontezza vivacità, rapidità, facilità, fecondità d'idee, di ragionare, d'immaginare, di motti,

d'arguzie, sali, risposte ec. vivacità di spirito, furberie, risorse, trovati, sottigliezze grandissime di pensiero, profondità, verità astruse, tenacità e continuidad ed esattezza di ragionamento» (3881-3882).

La armonización entre conocimiento y sentimiento, cuestión ampliamente estudiada por la crítica (véase en particular Dolfi, 1995: 25-32, 45-50), es justificada en un par de ocasiones con la idea de que no es suficiente con entender una verdad, sino que hay que sentirla. El sentimiento conserva, desde esta perspectiva, una preeminencia, e incluso se insinúa un tipo de conocimiento no racional, pero sobre todo se logran evitar, dentro de esta otra lógica, las dialécticas maniqueas. La dificultad de marcar una frontera neta entre lo sensual, lo sentimental y lo intelectual, por un lado, y, por otro, el aprecio de la intensidad y la excelencia en todas las facetas de la actividad interior, así como la identificación del autor con quienes aspiran a esta intensidad y a esta excelencia, le inducen, en definitiva, a admitir que quien es profundo lo es en todos los sentidos:

Non basta intendere una proposizion vera, bisogna sentirne la verità. C'è un senso della verità, come delle passioni, de' sentimenti, bellezze, ec.: del vero, come del bello. Chi la intende, ma non la sente, intende ciò che significa quella verità, ma non intende che sia verità, perchè non ne prova il senso, cioè la persuasione. (348)

Finalmente la sola immaginazione ed il cuore, e le passioni stesse; o la ragione non altrimenti che colla loro efficace intervensione, hanno scoperto e insegnato e confermato le più grandi, più generali, più sublimi, profonde, fondamentali, e più importanti verità filosofiche che si posseggano [...] In conferma del sopraddetto si osservi che i più profondi filosofi, i più penetranti indagatori del vero, e quelli di più vasto colpo d'occhio, furono espressamente notabili e singolari anche per la facoltà dell'immaginazione e del cuore (3244-3245)

El elogio de *profondo* como palabra poética, en el apunte de la página 1798, redactado el 28 de septiembre de 1821, hace hincapié en su poder de indefinición, y con este espíritu había sido empleado, en 1819, en el sexto verso de *L'infinito* (Galimberti, 1959: 37-44; Blasucci, 1989: 31-34). Quizá también esta idea, aunque en ambos casos se aluda a la realidad exterior, pudo influir en la reconsideración de la negatividad de la profundidad cognoscitiva. Pero probablemente sea más oportuno subrayar que en varios apuntes de 1826-1827 las nociones de *spirito* y *anima* son refutadas y tachadas de absurdas fantasías sin fundamento por el hecho de no poseer aquellas *profondità*, *larghezza* y *lunghezza* que constituyen las propiedades de la materia y hacen de ésta lo único realmente concebible por parte de nuestro entendimiento (4207, 4253, 4256). Que la palabra tuviera un primer significado efectivamente exterior y permitiera, gracias a sus acepciones figuradas, hablar de lo interior —lo sentimental y lo intelectual— en términos físicos no suponía, pues, ninguna trivialidad para el empirismo leopardiano, muy dado a buscar mediante el uso del lenguaje —lo demuestran también las peculiares utilizaciones de *estensione*, *esteso*— materialidad en lo *a priori* no material. Precisamente de las teorías lingüísticas expuestas en el *Zibaldone* se infiere una

alta valoración de la metáfora como herramienta compartida por poetas y filósofos (Gensini, 1984: 108-110, 260-266), y ya hemos puntualizado que las aplicaciones de *profondo* a la realidad externa son muy minoritarias a lo largo del libro, un libro donde la partida se juega, pues, más bien dentro del ser humano. Caer en la cuenta, mediante los constantes forcejeos con la palabra, de que si había una profundidad intelectual no podía ser tan despreciable por el simple hecho de ser profundidad y de formar parte de la cadena perceptiva que interconectaba materialmente el ‘fuera’ y el ‘dentro’ y las distintas facultades activas en el ‘dentro’ pudo ser un factor relevante, en definitiva, en la transición hacia la aceptación y la apología de la ‘verdad’ que marcaría la etapa final del escritor, la del llamado ‘pesimismo cósmico’, al tiempo que le obligaba a reconocer *de facto* la invalidez de los viejos procedimientos dilemáticos de análisis y raciocinio.

## 2. LOS USOS LEOPARDIANOS DE *PROFONDO* Y *PROFONDITÀ* RESPECTO A LA TRADICIÓN ANTERIOR

Ahora bien, si la recuperación de usos convencionales de *profondità* y *profondo* juega una función destacada en la evolución de las tesis leopardianas, es innegable que, de todas las variaciones de que es objeto la palabra en el *Zibaldone* y que hacen de él —y muy especialmente de sus primeras 400 páginas— un texto significativo en la historia de la misma, la más original es, en cambio, la acepción negativa aplicada al polo reflexivo y filosófico. No lo es en sí misma. De hecho, uno de los principales antecedentes es citado en uno de los apuntes: «questi tedeschi il cui spirito come dice la Staël, (De l’Allem. tom.1. 1. part. ch.9. 3<sup>me</sup> édit. p.79.) *est presque nul à la superficie, a besoin d’approfondir pour comprendre, ne saisit rien au vol*» (p. 1851). En *De l’Allemagne* se reprocha, en efecto, a los alemanes su excesiva profundidad metafísica, analítica, de pensamiento, frente a la «grâce et la légèreté», a la mundanidad y menor seriedad de los franceses (I, 2, §6; I, 9, §7; II, 1, §6; II, 4, §3; II, 6, §1; II, 22, §16), o se auspicia un equilibrio entre ambos extremos (*Observations générales*, §6; II, 1, §8; II, 13, §7; II, 31, §26). El libro de la baronesa hace ya patentes usos paralelos y contradictorios de la palabra muy parecidos a los del *Zibaldone*, junto a sentimientos y emociones, por un lado, y en el orden cognitivo, por el otro, los segundos no siempre connotados negativamente, e incluso en algún caso formulados con soluciones de síntesis: «c’est par la conscience et le sentiment qu’il [l’homme] peut s’élever aux plus profondes conceptions de la philosophie» (III, 5, §12). La *profondeur* goza en ocasiones de rango de palabra fuerte («Alors se développe dans cette créature extraordinaire un mélange singulier d’enfance et de profondeur, de sérieux et d’imagination», II, 28, §11), e interactúa, por oposición o afinidad, con términos como *variété*, *étendue*, *abstraction*, *action*, *passions*, *précision*, *vie*, *enthousiasme*. Lo que hace Leopardi es dar una o varias vueltas de tuerca a la investigación semántica llevada a cabo por la escritora francesa: agudiza la negatividad de la palabra —no es casual que cite quizá el fragmento más violento de *De l’Allemagne*—, le da mayor visibilidad multiplicando sus apariciones y ensayando con ella distintas combinaciones sintagmáticas, y la saca del estrecho ámbito de la comparación entre la *Weltanschauung* de franceses y alemanes para introducirla en una filosofía que no es sólo de los pueblos sino también de la historia, dentro de la cual —desde luego— se modifica su tejido de relaciones con los demás términos

clave. Llega así a un uso absoluto del sustantivo *profondità* como sinónimo de los términos del polo filosófico que quedaría a medio camino entre el calco y el neologismo: «quanto il sistema di profondità, di ragione, di esame, sia conforme alla natura» (1062); «quello che i nostri incolti e selvaggi bisavoli, sapevano ed eseguivano senza sognarsi d'esser filosofi, e senza stenti nè fatiche nè ricerche nè osservazioni nè profondità ec.» (305); «L'Oriente non ha primeggiato in tutta l'antichità in ordine al pensiero, alla profondità, alle cognizioni le più metafisiche, alla morale ec.?» (1849).

La vuelta de tuerca también tiene lugar, de todos modos, respecto a la tradición de la palabra en italiano. Sobre todo el adjetivo ya había desplegado, en el género del ensayo, un radio de acción sobradamente amplio, en el que sí se incluían usos absolutos centrados en la capacidad de aguzar y aplicar el intelecto hasta llegar a entender más de lo que entendería el común de los mortales: «Il perfetto filosofo [...] Oltre alle molte scienze, delle quali ha da esser fornito, converrebbe che tale pur fosse, [...] ch'ei fosse destro, attivo, curioso, e insieme sagace, circospetto e profondo» (Algarotti, *Dialoghi sopra l'ottica newtoniana*, III, §11). Que *profondo* fuera sinónimo de 'sabio', 'erudito', 'estudioso' o 'inteligente' no tenía nada de extraño, sobre todo en tiempos cercanos a Leopardi: «unendosi in lui a una letteratura universale e profonda in tutti i generi, una grandezza e una delicatezza di genio, che gli arroga dritto incontestabile di essere udito discorrer di tutti gli altri mestieri con ammirazione e con profitto di chi è maestro di un solo» (Magalotti, *Lettere odorose*, VIII, §37); «Questi, profondissimo in tutto ciò che spetta ai governi, nella sublime e intera cognizione e sviluppo del cuor dell'uomo inimitabil maestro, è stato e merita d'essere capo-setta fra noi» (Alfieri, *Del principe e delle lettere*, II, 9, §5); «Di che il profondo Giovanni Locke trovò già una felice dimostrazione» (Pietro Verri, *Discorso sull'indole del piacere e del dolore*, II, §14). Inevitablemente, a nosotros nos resulta abusiva la facilidad con que se recurría a *profondo* para comunicar un sentido superlativo. La mayoría de estas frases ya no serían verosímiles hoy en día, y muchas de las de Leopardi son asimilables a ellas, de manera que, aunque nos causen cierta perplejidad, no encierran innovación alguna. En parte consideraciones análogas merece el sustantivo, puesto que también aquí se registran antecedentes: «ogni giorno ragionava con tal splendore e profondità di varia erudizione e dottrina, come se si fossero portati nella sua scuola chiari letterati stranieri ad udirlo» (Vico, *Vita scritta da se medesimo*, último párrafo); si bien en cuanto a frecuencia de uso *profondità* siempre había quedado, desde luego, muy por debajo de *profondo*, no siendo nada habitual que gozara de un número de apariciones equiparable al que se le da en el *Zibaldone*, y todavía menos que se empleara sin un complemento que especificara su significado. Es principalmente en algunas de estas recurrencias en las que Leopardi efectúa su vuelta de tuerca y hace —pues— una contribución original, consistente en que la palabra, de cualidad de la persona o de su trabajo, pase a indicar un método y una disciplina, la de la especulación y el análisis racional.

A lo que asistimos en el *Zibaldone* es, en resumen, a una explotación tenaz de la tradición de que el término disponía en contextos italianos relativos a filósofos, artistas y estudiosos, a la que es impresa una negatividad procedente de cierta línea de pensamiento francés, y bajo la inspiración de usos absolutos o semiabsolutos presentes en ambas tradiciones se le otorga un significado más técnico del que poseía, significado que, pese a afectar también al adjetivo («negli scritti filosofici, profondi, metafisici, psicologici ec.», 347), redundaba automáticamente

en beneficio del sustantivo. Dicha aportación no llegó a consolidarse en la lengua italiana y, en este sentido, no habiendo sido adoptada por los escritores posteriores a Leopardi, cabe considerarla más bien una culminación final de los usos que habían hecho de *profondo* y *profondità* sus predecesores. El mecanismo con que es realizada implica, en cambio, cuanto menos cierto grado de incorporación al nuevo ensayismo europeo, es decir, una concesión a los adversarios (Galimberti, 1959: 139), puesto que con su actuación, aunque critique las disciplinas científicas y filosóficas, lingüísticamente Leopardi las secunda, adueñándose de uno de los procedimientos que —según él mismo nos explica en los apuntes de carácter filológico— más las caracterizan, la creación de neologismos y tecnicismos, en este caso un neologismo-tecnicismo semántico mediante el cual se da un contorno más cerrado y definido a una palabra que, en otros pasajes del mismo *Zibaldone*, es valorada por su apertura a la indefinición.

### 3. LA PROFUNDIDAD EN LA POESÍA ITALIANA Y EN LA POESÍA ESPAÑOLA

Si desplazamos nuestro punto de mira de la profundidad intelectual a la de sentimiento, el estudio de los elementos de continuidad y discontinuidad entre Leopardi y su tradición pone de relieve, ante todo, importantes y muy antiguas discrepancias respecto a otras tradiciones, y no necesariamente respecto a aquéllas con las que el autor se mostró más beligerante, como la francesa o la alemana, sino respecto a otras de las que se ocupó mucho menos, como la española. Puede ser útil, pues, para abordar esta cuestión, adoptar una perspectiva comparatista. En primer lugar, cabe destacar el hecho de que en las letras italianas, dentro de la interioridad del ser humano, la profundidad quedaba casi siempre asociada al corazón, y mucho menos a menudo al alma. Lo constatamos en el propio Leopardi, en el *Zibaldone* (15, 531-532, 730, 1678, 2167, 2217, 3245) y aún más claramente en la producción poética: «I dolci affani, i teneri / Moti del cor profondo» (*Il risorgimento*, vv. 5-6); «Nasce nel cor profondo / Un amoroso affetto» (*Amore e morte*, vv. 28-29). Pero en realidad era así por lo menos desde Petrarca y los petrarquistas, en quienes el *cor profondo* era la sede del enamoramiento y de las *piaghe* que derivaban de él (*Canzoniere*, CXLVII, CXCVI, CCCX, CCCXLII), cuya irruencia no dejaba lugar para otras instancias de carácter menos sentimental: «Quando giugne per gli occhi al cor profondo / l'imagin donna, ogni altra indi si parte, / et le virtù che l'anima comparte / lascian le membra, quasi immobil pondo» (*Canzoniere*, XCIV, vv. 1-4). Ya Cavalcanti concedía el centro de la escena al corazón, en los últimos versos de *Voi che per li occhi mi passaste 'l core...*, mientras que relegaba el alma a espectadora sobresaltada de la tragedia, y esa peculiar fuerza con la que el amor se apoderaba totalmente del individuo, marca de registro de la literatura italiana desde los tiempos del Dolce Stil Novo, informó durante largo tiempo no sólo el género lírico, sino otros tan relevantes como la épica renacentista. Fue el predominio de esta patente de laicismo antropocéntrico el que determinó, pues, el triunfo de la pareja profundidad-corazón en la fraseología, triunfo que certifican sus numerosas apariciones en textos no sólo amorosos —incluidos los de doctrina religiosa— y que autores como Foscolo y Leopardi prolongaron con la única diferencia de que ahora la profundidad del corazón ampliaba su desdicha a una dimensión más existencial.

Otros factores a tener en cuenta en la historia literaria del corazón y del alma son, por un lado, la presencia de un tercer espacio interior depositario de la profundidad: el *anima* (o *alma*, sinónimo hoy arcaizante) no sólo pierde bazas ante el *cuore*, sino también a favor del *animo*, término ciertamente menos común, pero más común en italiano que en castellano, varias de cuyas acepciones se prestan o requieren ser resueltas, en la traducción de una lengua a otra, con ‘alma’: «sentimenti che scaturissero dall’animo profondo del popolo» (Adolfo Bartoli, *I primi due secoli della letteratura italiana*, X, §42); «quella parte dello stile che s’immedesima coi pensieri e cogli affetti, e che dal profondo dell’animo spontaneamente rampolla» (Vincenzo Gioberti, *Del primato morale e civile degli Italiani*, II, 9, §8). Por otro lado, el término *senso* admite una acepción que en español corresponde claramente a ‘sentimiento’, más que a ‘sentido’: «Mi pregio di essere con riconoscenza, e coi più profondi sensi di venerazione / Di V. S. Reverendissima» (Silvio Pellico, *Lettere famigliari inedite*, carta VI); o, por poner un ejemplo de uso corriente en la lengua actual, «profondi sensi di colpa». De ello parece deducirse la idea de una relación más estrecha, en italiano, entre sentido, sensación y sentimiento, idea que tendría en el empirismo de Leopardi una de sus expresiones más radicales y confirmaría, más allá del caso singular del escritor de Recanati, el peso menor de una interioridad desligada de lo físico.

Que la tradición española ha seguido un camino sensiblemente diferente lo atestiguaría, en cambio, la más extensa implantación del ‘alma’, observable, en la dicción literaria o culta, en un mayor equilibrio entre la adscripción de la profundidad a ésta y al corazón, pero no menos fácil de rastrear en los registros folklórico y popular, por ejemplo en las metáforas lexicalizadas (opciones alternativas «me rompe el corazón» / «me rompe el alma», «una espina en el corazón» / «una espina en el alma», frente a las claramente mayoritarias «mi spezza il cuore» y «una spina nel cuore»; «alma en vilo» frente a «animo sospeso») o en la concepción del cante andaluz como algo que por excelencia «sale del alma». En el terreno del verso, además, la brevedad de la palabra le concede una gran ventaja sobre ‘corazón’, y aunque pueda hacer perfectamente las veces de éste en la temática amorosa (véase la obra de Boscán), el hecho de que sea el alma la que se enamora da más pie a entrar en consideraciones sobre su relación con el cuerpo, lo que evidentemente culmina en el alegorismo de la literatura mística, que unirá la profundidad y el alma contra todo interés material y mundano. La introspección de Santa Teresa en el «hondón interior», en «lo hondo del alma», con puntualizaciones bien explícitas sobre la ubicación «más interior» y «profunda» de ésta respecto al corazón y sobre los misterios que esconde, incomprensibles para el propio sujeto (*Las Moradas*, IV, 2; V, 3; VI, 11; VII, 1), así como las paráfrasis de San Juan de la Cruz dirigidas a «declarar la profundidad de esta canción» buscando en ella los «profundos misterios de sabiduría de Dios» (declaraciones a las canciones III de *Llama de amor viva* y XXXVII de *Cántico espiritual*), han dejado sin duda más huella en la literatura española que la teología de Dante en la italiana, con la consiguiente proyección de la profundidad hacia la trascendencia metafísica y hacia la anulación del yo. Frente al importante contrapeso que en Italia han ejercido históricamente las corrientes laicas e incluso antirreligiosas, corrientes que en ocasiones han llegado a denostar la profundidad o que no la han colocado demasiado lejos de la superficialidad material, la mayor preponderancia del polo religioso en la cultura española habría, en definitiva, acrecentado esta distancia, dando mayor prestigio a la profundidad en sí

misma y a una idea de ésta más inmaterial y más impregnada de espiritualidad e idealidad. Incluso en términos cuantitativos, cabe subrayar la riqueza de términos que contribuyen a su función superlativa, entre ellos algunos de los más genuinos de la lengua castellana, como ‘calado’, ‘entrañas’ y el adjetivo ‘hondo’ y sus derivados. Este último también existe en italiano (*fondo*), pero con dicha función su frecuencia de uso es y ha sido siempre muy baja, mientras que el castellano es sin duda la lengua románica que más despliegue le ha dado, a la vez que —también en el sentido físico— no ha dejado de sacar partido de las ventajas formales que ofrecía su significante: juegos de palabras como ‘hondas’-‘ondas’; la sinalefa que reduce la palabra a monosílabo, y una derivación nominal, ‘hondura’, efectuada con un sufijo menos culto que *-dad*. No es que los italianos, desde luego, hayan desaprovechado las posibilidades de la rima *-ondo -a*, pero los españoles a ésta y a *-undo -a* han tenido la oportunidad de sumar *-ura*, una terminación muy distintiva de la poesía clásica castellana, mientras que *-dad*, tanto en italiano como en castellano, tendía a quedarse fuera de los lindes de la escritura en verso por su sabor más artificioso, más propio de una prosa científica o especulativa. La variedad de recursos con que contaba la temática se conjugó, pues, con los gustos barrocos para darle a la profundidad, en el ámbito literario, un impulso sin parangón en otras literaturas: «y en tanto que los peces la hondura / húmida habitarán del mar profundo / y las fieras del monte la espesura» (Garcilaso, *Elegía I*, vv. 301-303); «ellas son para mí / la afirmación alzada de este hondo / fondo de aire en que yo vivo; / el subir verdadero del subir, / el subir del hallazgo en lo alto profundo» (Juan Ramón Jiménez, *Todas las nubes arden*, vv. 24-28, en *Animal de fondo*).

No siempre, desde luego, esta experimentación literaria implica un uso de la palabra o del tema en clave interiorizadora. No hemos hecho referencia, hasta aquí, al lado oscuro de la profundidad: la que ha dado lugar a acepciones metafóricas no menos genuinas que las anteriormente indicadas, como las de ‘sumido’ o ‘zozobra’, es decir, la que sugiere dolor y tormento, sea con relación a los infiernos, a la tumba o al naufragio marino. Casi ausente en Leopardi, en quien tanto la profundidad exterior como la contemplación del mar acostumbran a provocar sensaciones placenteras, se hace —no obstante— difícil decir si ha estado más presente en la tradición española o en la italiana. Es indudable que en ambas lo ha estado mucho, y que sólo con el tiempo ha ido perdiendo terreno, también en ambas, y conforme la poesía se iba haciendo más intimista, ante la acepción sentimental, intelectual o espiritual. En concreto en el caso español, Bécquer ve más «hondo» y «negro» el corazón que las «profundas simas / de la tierra y del cielo» (*Rimas*, XLVII), y si su reacción es de pavor el religiosísimo Amado Nervo convertirá «tales honduras» —sin duda más las del alma que las del corazón— en su elección preferencial frente a un mundo exterior por el que expresa un total desapego (*La hondura interior*, v. 40). Entre uno y otro, decisivas habían resultado en la espiritualización del término, como es fácil adivinar, la evolución de la novela realista (recuérdese *La incógnita* y *Realidad*, de Galdós) y la poética de la generación del 98. Unamuno, con la fuerte influencia que ejerció en la Península y en Hispanoamérica, ayudó seguramente más a entroncar ‘hondo’ y sus derivados con la vieja literatura mística que todos los autores propiamente religiosos que se habían sucedido desde el siglo XVI hasta su época. La fórmula «hondón del alma», con la que a menudo se define hoy al misticismo, es en realidad suya («¡Qué tarde nos amigamos / madre Mar, hondón del alma», *Cancionero*, poema 189, vv.

1-2), y no —como a veces se dice— de Santa Teresa. Tanto él como sus compañeros de generación llevaron esa dimensión religiosa, además, fuera de la religión propiamente dicha: al paisaje humanizado, a la compenetración entre el yo y ese paisaje, o a las dudas sobre la misma religión o sobre los sueños:

Yo me asomo a las almas cuando lloran  
y escucho su hondo rezo,  
humilde y solitario,  
ese que llamas salmo verdadero;  
pero en las hondas bóvedas del alma  
no sé si el llanto es una voz o un eco.

(Antonio Machado, *¡Oh, dime, noche amiga, amada vieja...*, vv. 27-32)

Más que nunca la palabra sugerirá ahora lo irracionalizable, lo inefable, y lo sugerirá a menudo con relación al propio misterio de la poesía. A medida, sobre todo, que ésta aspire a decir lo indecible, mediante un nominalismo que dé al verbo poético el poder de crear, ‘hondo’ y ‘profundo’ proliferarán cada vez más dentro del texto, precisamente porque, en virtud de su alusión a un espacio sin límites precisos, pero también gracias a la connotación sobrenatural de que los ha revestido la tradición, se trascienden a sí mismos, lo que los hace idóneos para protagonizar esa suerte de metafísica inmanente tan característica de la poesía pura, en la que el más allá forma parte —y, por lo tanto, está dentro, en el fondo— del más acá. La doble acepción física y espiritual del término, y el hecho de que en ambas acepciones remita a una dimensión espacial distinta a la más inmediata, le permiten secundar el tratamiento de hipermaterialización y desmaterialización a que es sometida simultáneamente la realidad, esencializada y transfigurada en abstractos para expresar una percepción hipertrófica, más aguda: «Lo profundo es el aire» (*Más allá*, v. 58); «El agua desnuda / Se desnuda más. / ¡Más, más, más! Carnal, / Se ahonda, se apura» (*El manantial*, vv. 9-12); «Entre tantos accidentes / Las esencias reconozco, / Profundas hasta su fábula» (*Cara a cara*, V, vv. 29-31). Sobre todo en Jorge Guillén, de quien hemos tomado estas muestras, la hondura —la profundización de la realidad— funde contrarios, rebasa contingencias espaciales y temporales y conduce directamente al vitalismo, a la dicha, a la belleza: «La luz va con la voz / Resolviéndose en fondo, / Cada noche más vivo» (*Como en la noche mortal*, vv. 1-3); «Yo quiero / Profundidad de gozo con sustancia / Que en la gloria del hombre nos implante» (*Amor a Silvia*, II, 38, vv. 1-3); «¡Hondo olor! En el acto / Me exige que recuerde, que lo ahonde» (*El mar en el viento*, vv. 8-9); «El tiempo quiere lugar, / Rechaza la hondura informe, / No acierta a vivir sin fondo / Que enamore» (*Las horas*, II, vv. 17-20). Pero otro tanto cabe decir, por ejemplo, de Juan Ramón Jiménez, gran valedor de la divinización de la figura del poeta, y en quien tampoco faltan versos en los que la profundidad es objeto primario de la investigación lírica: «Muerte ¡si tu enterrarnos / no fuese abismo duro y seco, / sino suave hondura, / profundidad inmensa!» (*Poesía*, poema 56, vv. 1-4).

Casi en las antípodas de esta exploración esencialista, no menor vigencia ha mantenido el término en su vertiente más humanizada, desde el antiformalismo y antigarcilismo de *Espadaña*, a menudo identificado como ‘poesía honda’, fórmula definidora de una auténtica

poética de grupo (Martínez, 1994: 150-153, 155), hasta exponentes de l'engagement como Gabriel Celaya («la esperanza que ahonda tercamente el vacío», *Cuéntame cómo vives (cómo vas muriendo)*, v. 15). Si en consonancia con estas posiciones se ha difundido un significado de la palabra entre moral y caracterial, relativo a cualidades de la persona superiores o distintas a las que el habitual catálogo de virtudes es capaz de determinar (*La hondura de lo humano*, título de la elegía a Gregorio Marañón escrita por Luis Rosales), con una filiación más indistinta la identificación entre 'hondura' y poesía ha sido transitada hasta la saciedad por los críticos literarios, quienes a menudo la han dotado de un contenido muy escaso, genéricamente laudatorio, priorizándola respecto a 'profundidad' probablemente por su sabor más añejo, su menor empleo en la lengua de uso y —también aquí— por sus resonancias religiosas. Las ventajas formales a las que hemos aludido más arriba han provocado, a su vez, que echaran mano de 'hondo' no sólo los poetas y los críticos, sino también los traductores poéticos, sobre todo los que han trabajado con una métrica regular. Dicho adjetivo ha servido a menudo de comodín cuando faltaban sílabas para completar el verso, siendo manejado por algunos con comedia cautela, pero por otros con un exceso rayano en la desidia o la obsesión, lo que ha activado connotaciones o estilemas ausentes del texto original. Véanse, a este propósito, los siguientes fragmentos de versiones carduccianas, en los que 'hondo' se apoya en un segundo elemento («noche oscura», «hundirse») sumado al cual da pie, en un caso, a una reminiscencia sanjuanista, y, en el otro, a una *annominatio* de gusto barroco:

Pur l'una de le stelle a l'altra conta  
Il mio secreto ne la notte bruna,  
E ne sorride il sol, quando tramonta,  
Ne' suoi colloqui con la bianca luna.

(*Panteísmo*, vv. 5-8)

Y una estrella a otra cuenta sin embargo  
mi hondo secreto allá en la noche oscura,  
y por ello sonríe el sol poniente  
en sus coloquios con la blanca luna.

(Giner de los Ríos, 1915: 94)

Del suo cavallo la pésta udivasi  
guazzar nel fango: dietro s'udivano  
passi in cadenza, ed i sospiri  
de' petti eroici ne la notte.

(*A Giuseppe Garibaldi*, vv. 5-8)

De su caballo los cascos óyense  
Dar en el lodo. Detrás escúchanse  
El andar y los hondos suspiros  
De los héroes hundirse en la noche.

(Maristany, 1920: 139)

Si en las traducciones de poesía inglesa no puede considerarse censurable pero tampoco inocuo que *heart* sea a menudo traducido por 'alma' para así evitar el demasiado largo 'corazón', lo mismo cabe afirmar de operaciones como la de, en una composición tan architraducida como *Il bove* de Carducci, calificar de 'profunda' la mirada del animal para así cumplir con las rimas de los cuartetos («m'infondi» - «fecondi» - «secondi» - «rispondi»), sobre todo si al mismo tiempo para el «cor» del segundo verso o para el «spirto» (aliento) del décimo se utiliza 'alma' (Edo, 2007: 139-164), o la de resolver, en *L'infinito* de Leopardi, el adjetivo de «profondissima quiete» con 'honda' o 'hondísima' (Herrera, 1990: 35; Muñiz, 1990: 130, 156, 159; Muñiz, 1998: 230, 233, 665). Por no decir de las amplificaciones localizables en textos menos sujetos a la métrica original: «This avarice / Sticks deeper, grows with more pernicious root / Than summer-seeming lust» / «La lujuria es viento de estío, pero la codicia echa raíces mucho más profundas en el alma» (*Macbeth*, IV, 3, vv. 84-86,

traducción de Menéndez Pelayo, 1974: 178). En el texto de llegada, el bagaje que cada uno de estos términos acumulaba en la tradición española no podía dejar de superponerse, con mayor o menor intensidad, con mayor o menor pertinencia, al material lingüístico y literario precedente de la lengua de partida.

El caso de *L'infinito* merece una atención especial, porque sin duda el «profondissima» de su sexto verso ha dejado en la cultura italiana y universal un recuerdo mucho más vivo del que puedan ostentar las múltiples repeticiones del adjetivo en el *Zibaldone* o en el resto de la producción leopardiana, y además porque dicho recuerdo ha producido unos efectos en parte contraproducentes con las tesis del cuaderno de apuntes. Se observa, en efecto, en la modernidad poética italiana, respecto a los temas que aquí nos ocupan, un sensible cambio de rumbo respecto a la tradición, marcado por una mayor predisposición hacia el alma y la profundidad, sin duda propiciada por la vocación trascendente del simbolismo y postsimbolismo, bajo cuyo paraguas común se ha reducido, pues, la distancia que históricamente separaba la poesía española y la italiana. En este proceso no debe descartarse cierta influencia de la primera sobre la segunda: baste recordar aquí la presencia de un texto tan elocuente como *Los jardines*, entre otros de Guillén, en el *Quaderno di traduzioni* de Montale. Pero a *L'infinito* cabe atribuirle sin duda mayor responsabilidad, con esa profundidad identificada con lo ilimitado, lo sobrehumano, lo eterno, y por consiguiente provista de una potencialidad mística y metafísica que es negada por el pensamiento leopardiano —el *Zibaldone*—, el cual considera dicho espacio y dicho tiempo ilusiones producto de la imaginación, pero no propiamente por el poema, que recrea —no analiza— la sensación. No faltarán, así, lecturas religiosas del famoso ‘idilio’ y de los *Cantos* leopardianos en general (véase un resumen confutativo de las mismas en Blasucci, 1985: 231-233, 265-274), ni un leopardismo que asimile el conocimiento poético al dominio del misterio y abogue por la verdad sentida a expensas de la verdad sabida (Dolfi, 2009: 9-12, 22-24, 28, 53, 103, 165), al tiempo que en la praxis poética, a lo largo del siglo xx, también en la literatura italiana, pues, y de hecho más en ella que en otras, lo lejano representará lo desconocido, una otredad poblada de sueños y fantasmas (Prete, 2008: 83), y con él lo profundo, lo sumergido, lo sepulto. En D’Annunzio todas estas instancias encarnan un más allá de corte no ortodoxamente cristiano, pero sí pseudomístico e idealista: «Nessuno mai mi porterà lontano, / in fondo a un mare, in un sepolcro?» (*Suspiria de profundis*, II, 29-30); «Voglio un letto di porpora, e trovare / in quell’ombra giacendo su quel seno, / come in fondo a un sepolcro, l’Infinito» (*Sopra un «Erotik» (di Eduard Grieg)*, 12-14). Los pastores del poeta abrucés han «bevuto profondamente ai fonti / alpestri» no sólo agua, sino las esencias de su tierra, que llevarán consigo en su trashumancia (*I pastori*, 6-7), y lo que bebe la virgen prerrafaelita con «voluttate mistica e profonda» son las «anime odorose» de las rosas (*Due Beatrici*, II, 29-30). El «fondo silenzio» de un jardín crepuscular (*Giardino autunnale (Firenze)*, 16), la «baia profonda» de una isla exótica (*Viaggio a Montevideo*, 22-23) y la «notte fonda» de una ciudad de puerto (*Genova*, 145) son escenario, en Campana, de visiones extraordinarias, de transfiguraciones alegóricas y mitificadoras. En Palazzeschi la «notte [...] profonda» alberga escenas palaciegas de cuento de hadas (*A palazzo Oro Ror*, 6), y unos ojos del color azul «del cielo, / del mare profondo» hablan «di sguardi perduti / davanti al mistero d’ignoto infinito» (*Habel Nasshab*, 35-40). En Corrado Govoni la profundidad transmite tanto impureza como

pureza: si la «ombra fonda dei tuoi occhi», los de la mujer amada, hace de ella una figura corrompida, fúnebre y ausente (*La città morta*, 16), el sonido de las campanas navideñas sube «dal fantastico fondo dei paesi, / dal più profondo dell'infanzia» (*Le stagioni*, 123-124). Doble cara, benéfica y maléfica, también presente —por ejemplo— en Pavese: en *Tu sei come una terra...* «sgorgherà dal fondo» la palabra esperada (5), mientras que en *Donne appassionate* «dal fondo del mare» emergen ojos y algas ávidos de devorar cuerpos desnudos (27). Si en Alfonso Gatto «dal profondo» lanzamos un grito animal y siniestro que nos sitúa fuera de nosotros mismos (*Una notte*, 24), en Montale del fondo de pozos y estanques ascienden imágenes fugaces o que no llegan a definirse, emblemáticas de la alienación del yo respecto a sus recuerdos o su entorno (*Cigola la carrucola del pozzo...*, *Vasca*). En Paolo Buzzi, en cambio, la profundidad da una imagen precisa a lo que está detrás de la realidad: «siete i miei dieci plettri / onde io ben tocco le corde / che legano i lacerti dell'anima mia / alle più profonde alghe sensitive / dell'Infinito» (*Le unghie*, 60-64). También en Mario Luzi la «profonda [...] estate» esconde, en su profundidad, por debajo de la rígida aridez, un mundo fecundo y vital (*L'immensità dell'attimo*, 1-2), y la voz de un difunto llega «con un tremito appena più profondo, / appena più toccante ora che viene / di là dalla frontiera d'ombra» (*Il duro filamento*, 9-11). A Quasimodo, por su parte, un «vento profundo», el de una de sus más célebres composiciones, le proporciona unos instantes de hipersensibilidad en que el yo se encara de veras con el paisaje de su infancia (*Vento a Tindari*, 35).

Y aun así, pese a este incremento exponencial sin precedentes, ni se llega a las dosis de 'ahondamiento' de la poesía española contemporánea, ni a la adhesión incondicional al mismo de la línea Juan Ramón-Guillén. También en parte por causa del leopardismo, y esta vez sí por causa de su componente de desengaño e incredulidad, así como por sus tonalidades románticas, la poesía italiana no acostumbra a renunciar a cierto *pathos* melancólico o elegíaco que frena la abstracción del lirismo, demostrando además ante esa lejanía y esa profundidad —más importante, en cualquier caso, la lejanía— sentimientos mucho más ambiguos, de fascinación y a la vez de recelo y temor («il tuo Gianduia / che teme gli orizzonti troppo vasti», Gozzano, *Torino*, IV, 11-12), muy a menudo de pérdida, de desaparición, de no-ser. Por otro lado, como puede constatarse en las citas aportadas, tan frecuente como la exploración 'hacia' o 'en' profundidad es el movimiento 'desde' la profundidad, es decir, que no conduce a lo profundo, sino que hace surgir algo de lo profundo (el mismo verbo *emergere* tiene una frecuencia notoriamente alta en el italiano de uso). Y, en tercer lugar, la vieja poesía ejerce presión sobre la nueva, a la que impone contrapuntos que recuperan el hedonismo asociado al espacio cerrado o superficial:

E noi si va chi sa dove, poveri illusi, si va  
in cerca di felicità, verso città sempre nuove;

verso l'ignoto e la sera, e invece lì nel giardino  
veduta dal finestrino c'è tutta una primavera.

(Marino Moretti, *Il giardino della stazione*, 13-16)

Passò una barca con la vela gialla,  
 che di giallo tingeva il mare sotto;  
 e il silenzio era estremo. Io della morte  
 non desiderio provai, ma vergogna  
 di non averla ancora unica eletta,  
 d'amare più di lei io qualche cosa  
 che sulla superficie della terra  
 si muove, e illude col soave viso.

(Umberto Saba, *In riva al mare*, 17-24)

La condena de la profundidad que predominaba en un período determinado del *Zibaldone* iba por otros derroteros, pero no dejaba de coincidir con el miedo ancestral suscitado por aguas y fosas, piélagos y abismos en una negatividad que daba un tono claroscuro y problemático a la fuerza poética del término *profondo* celebrada en otros puntos del mismo *Zibaldone*. Un ataque tan exacerbado a la profundidad filosófica y metafísica, pese a lo no vedoso que pudiera resultar, sí traducía, de manera efectiva, fidelidad a la propia tradición, concretamente a las barreras que ésta había levantado contra determinadas formas de espiritualismo. A su vez, la operación lingüística llevada a cabo sobre *profondo* y *profondità* puede leerse como la inserción de un término poético dentro del lenguaje filosófico, pero también —ya lo hemos visto— como una acotación de su significado, sintomática de una vocación filosófica de corte racionalista y contraria a la imprecisión que hacía viables interpretaciones metafísicas del mismo. Finalmente, el componente doloroso que introducían «si spaura» y «naufragar» en *L'infinito*, aunque quedara relegado a un segundo plano y pusiera sobre la mesa un oxímoron gozo-dolor plenamente moderno, aportaba en realidad un cabo de anclaje, una mínima garantía continuista y correctora, o compensatoria, frente al empuje vertiginoso de lo profundo, al que Leopardi terminaba por hacer —pues— amplias concesiones, pero no exentas de contradicciones y reservas. La poesía italiana posterior no hizo sino incidir todavía más en esta tensión, lo que la llevó a matizar, más que la de otros países, las acepciones positivas del término y a mantener así, mayoritariamente, un perfil de poesía de la impresión, arraigada en lo visible.

## BIBLIOGRAFÍA CRÍTICA CITADA

- BLASUCCI, Luigi. 1985. *Leopardi e i segnali dell'infinito*. Bologna, Il Mulino. Reimpresión: 1993.
- 1989. *I titoli dei «Canti» e altri studi leopardiani*. Nápoles, Morano.
- DOLFI, Anna. 1995. *Le verità necessarie. Leopardi e lo «Zibaldone»*. Módena, Mucchi.
- 2009. *Leopardi e il Novecento. Sul leopardismo dei poeti*. Florencia, Le Lettere.
- GALIMBERTI, Cesare. 1959. *Linguaggio del vero in Leopardi*. Florencia, Leo S. Olschki. Reimpresión: 1986.
- GENSINI, Stefano. 1984. *Linguistica leopardiana. Fondamenti teorici e prospettive politico-culturali*. Bologna, Il Mulino.

- MARTÍNEZ, José Enrique. 1994. «Dos polos en la poesía española de los años cuarenta (Homenaje a *Espadaña* cincuenta años después de su primera salida)». *Tierras de León*, vol. XXXIV, n° 93-94, diciembre 1993 – marzo 1994, pp. 147-160.
- PRETE, Antonio. 2008. *Trattato della lontananza*. Turín, Bollati Boringhieri.
- RIGONI, Mario Andrea. 1997. «L'enciclopedia impossibile», en Giacomo Leopardi, *Tutto è nulla. Antologia dello «Zibaldone di Pensieri»*. Milán, Rizzoli, pp. 5-15.
- SOLMI, Sergio. 1983. «Il pensiero in movimento di Leopardi», en Giacomo Leopardi, *Zibaldone di pensieri*. Selección de Anna Maria Moroni. Milán, Mondadori, pp. IX-XXVI. Reimpresión: 1993.
- STOPPELLI, Pasquale. 1996. «L'edizione critica dello *Zibaldone»*, en Luigi Giordano (ed.), *La stanza delle meraviglie. Saggi sullo «Zibaldone» di Giacomo Leopardi*. Salerno, Edizioni 10/17, pp. 51-59.

## TRADUCCIONES CITADAS

- EDO, Miquel. 2007. *Nova bibliografia carducciana, amb una antologia de traduccions, imitacions i comentaris*. Barcelona, Ixaliæ libri. Reproduce diecisiete versiones al castellano y seis al catalán de *Il bove*.
- GINER DE LOS RÍOS, H[ermenegildo]. 1915. *Poesías de Giosuè Carducci MDCCCL-MCM, I (Nuevas Rimas y Odas Bárbaras)*. Barcelona, F. Granada y C<sup>a</sup> Editores.
- HERRERA, Ricardo H. 1990. Traducción de Giacomo Leopardi, *El infinito y otros cantos*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.
- MARISTANY, Fernando. 1920. *Florilegio. Las mejores poesías líricas griegas, latinas, italianas, portuguesas, francesas, inglesas y alemanas*. Barcelona, Editorial Cervantes.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. 1974. *Dramas de Guillermo Shakespeare*. Tomo LXVII de la Edición Nacional de las Obras Completas. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Primera edición: Barcelona, Biblioteca de Arte y Letras, 1881.
- MUÑIZ, María de las Nieves. 1990. «Tradurre *L'infinito* (Intorno ad alcune versioni spagnole dei *Canti leopardiani*)», en Anna Dolfi y Adriana Mitescu (edd.), *La corrispondenza imperfetta. Leopardi tradotto e traduttore*. Roma, Bulzoni, pp. 127-160. Reproduce nueve versiones al castellano de *L'infinito*.
- 1998. *Introducción, Notas y traducción de Giacomo Leopardi, Cantos*. Madrid, Cátedra.